

ficados que sobre él fueron proyectando las épocas intermedias entre el autor y nosotros, de modo que su vitalidad original quede en relación directa con las situaciones y significados de nuestro tiempo. El centro de esta vía está, precisamente, en el carácter de análisis dialéctico que implica una lectura contemporánea. En tal sentido, extraemos de la discusión de Brecht

con su equipo en la elaboración del Coriolano, el siguiente diálogo. Uno de los colaboradores que pregunta: "Podemos modificar a Shakespeare?"; a lo que Brecht le contesta:

Creo que podemos modificar a Shakespeare cuando es posible.

Pero hemos convenido en no hablar primeramente

más que de modificaciones en la interpretación, a fin de que nuestro método de análisis puede presentarse como aplicable, incluso si no agregamos nada al texto. (1953).

Cuál es el objetivo de ese método de análisis? Limpiar la intermediación que la tradición ha interpuesto entre el texto y nosotros.

El matrimonio de Fernando, rey de Sicilia y heredero del trono de Aragón, e Isabel, inaugura un nuevo período en la historia de España.

Se lleva a cabo, a partir de ese momento —y más aún cuando ellos ascienden a los tronos unidos de Castilla y Aragón—, la estrecha asociación de ambas coronas que, a partir de 1479, constituirán un solo Reino. Empezamos a hablarse ya de España, aunque hay que destacar que la palabra "Hispania" era de uso corriente para consignar la Península Ibérica como unidad geográfica. Tanto los naturales de Valencia como los de Aragón se consideraban habitantes de España y los marinos de ese siglo XV, aunque procediesen de distintos puntos de la Península, hablaban de "volver a España".

La Guerra contra el Islam, por un lado, y los crecientes contactos con el extranjero, por otro, dieron a los nativos de la Península el sentimiento de ser españoles por contraposición a

los demás europeos. Pues bien, en sus obras —y en la propia "Fuenteovejuna"— Lope —glosador de la historia peninsular— habla de los "españoles" como un pueblo distinto a los otros. Y es que el perfil histórico de este pueblo —lo saben quienes han leído su historia— se fue dibujando desde el largo tiempo de la Reconquista, que fue, no sólo cruzada contra el infiel, sino también expedición militar en busca de botín y movimiento migratorio popular que, gracias a las exigencias que impuso el pueblo, levantó a ese mismo pueblo a

alturas de dignidad que en aquel tiempo sólo los nobles solían lucir en el resto de Europa. Los tres aspectos señalados de la Reconquista dejaron profunda huella en las formas de vida castellana.

El clero, que por razones de esta guerra santa, gozó de posición privilegiada, sostuvo el fervor popular e imprimió a ese pueblo la idea de la misión divina de librar al país del musulmán asentado secularmente. Influencia grande, por lo tanto, de la Iglesia, que propagó un cristianismo militante a través de las

Pasa a la Pág. 12

# LOPE DE VEGA: HISTORIA Y SOCIEDAD

MARIO CESPEDES



La rendición de Breda, pintura también conocida como "Las lanzas", de 1635. Velásquez representa, a nivel pictórico, lo que Lope de Vega a nivel teatral: una misma explotación del arte al servicio de los propósitos imperiales de la España del Siglo XVII.

tres Ordenes de Calatrava, Alcántara y Santiago, que combinaron estos ideales religiosos y militares. Ideal de cruzada que dió a los Guerreros de Castilla —cualquiera fuera su condición social— una cierta igualdad frente a su misión. ¿No vendrá de esto —me pregunto— ese aire casi democrático del pueblo español, que recoge Lope en sus obras? Porque hay que reconocer con Menéndez Pelayo que “no hay obra más democrática en todo el teatro castellano” que esta “Fuenteovejuna” que ahora veremos representar. “Drama lleno de bárbaros y sublime poesía, sin énfasis ni retórica ni artificios escénicos: drama que es la realidad misma, brutal y palpitante, pero magnificada y engrandecida por el genio histórico del poeta”. Agreguemos nosotros que lo magnífico del drama y de su sencilla e imponente grandeza, reside para los hombres de hoy en que la obra representa la lucha entre la *conciencia popular* y el despotismo del Comendador (que lo mismo podría llamarse Cacique, Tirano o Dictador en nuestros días). Reside, además, en que la obra representa igualmente la reacción de la justicia inmanente en el alma humana contra el capricho transitorio de todo déspota, que por ser tal es un desequilibrado de arbitrarias actitudes.

De lo dicho resulta el sentido universal de “Fuenteovejuna”. Pero hay que destacar, además, el verso finamente recortado que emplea Lope, el cual logrará deslumbrarnos a través del relato de las reacciones colectivas que desencadena el atropello, llevado a la condición de norma, por el “acelerado” Comendador. El genio de Lope logra hablar por el alma popular, ofendida, alcanzando entonaciones épicas al darnos a entender que se trata de una venganza colectiva —es

todo un pueblo el que vibra y se mueve exigiendo justicia— y no una venganza individual, para la cual sólo habría sido posible la utilización del lenguaje lírico. Épica es la tumultuosa y desbordada furia —rabia de justicia diríamos— que enarbola ese ente colectivo que es el pueblo de Laurencia, Pascuala, Jacinta, Frondoso, Esteban, Juan Rojo, Mengo y Barrildo, pardos habitantes de la castellana gleba que un día cualquiera, ante tropelías sin nombre, adquieren un pensamiento unitario y social.

Dijimos más arriba que, para Menéndez Pelayo, no hay obra más democrática que “Fuenteovejuna” en todo el teatro español. Sí. Evidentemente. Pero... cuidado! El drama es democrático, pero también monárquico. No se olvide que figuran en el reparto los Reyes Católicos que con bonhomía, tolerancia y comprensión cumplen un breve y decisivo rol de amables componedores, castigando a los nobles arbitrarios y propotentes y colocando a “Fuenteovejuna” bajo la directa autoridad real. Es la exaltación de la monarquía castellana que hace Lope en momentos en que comienza la decadencia de España. Porque en Lope —está claro ello— hubo noción de esa decadencia. Por eso mismo retorna hacia el pasado —el Cid, los Reyes Católicos, el Descubrimiento y la Conquista de América— el cual pinta con opulencia de colorido y de grandeza. Hay en él como una nostalgia frente a una perdida edad de oro español. Pero siempre son sus personajes, castizos e inconfundibles, los que demuestran cuán grande era el influjo que ejercía sobre él el ambiente en que vivía. Lope, hombre que vive en el encuentro de los siglos XVI y XVII —ha nacido en Madrid en 1562 en la España aparentemente ascendente de Felipe II y

muere en 1635, en la España decadente de Felipe IV, es decir, en un mundo en que sólo la monarquía es concebida como régimen político— no es ni puede ser democrático—republicano, como pretenden algunos. No se le exija más de lo que fue: haber intuido la fortaleza del “común”, del pueblo, y haber levantado sus acciones a alturas épicas. Para la gloria de Lope, basta con eso. Dejó en sus obras el dramático testimonio de la fuerza, la bondad y la dignidad —sobre todo la dignidad— del pueblo.

Y el caso de España al respecto fue muy particular.

Los azares de la guerra de Reconquista derraman una actitud o conducta hidalga a todas las clases sociales. Es hidalgo el que se la puede; el que asciende por un constante esfuerzo de voluntad, lo que hace que la sociedad sea, en cierto sentido, abierta.

En 1476 —año en que ocurren los dramáticos hechos que Lope nos cuenta— se ha consolidado ya la autoridad real a través de la Santa Hermandad, creada ese año, y a través del control sobre los municipios, reunión del común, que apoya a la monarquía y se enfrenta a la nobleza, empieza la lucha del pueblo por sus *fueros*, que le dan derecho a formar una Asamblea o Consejo, integrado por los cabezas de familia o *vecinos* (alcaldes, regidores, alguaciles, escribanos y fieles), que son los que en el drama de Lope se atreven a poner freno a los desbordes del Señor Comendador.

La obra, decíamos, transcurre en 1476, época en que en España se lucha contra el Moro en tanto que en el resto del continente europeo, se echan las bases del capitalismo.

En Castilla —lo vemos en “Fuenteovejuna”— hay estable-

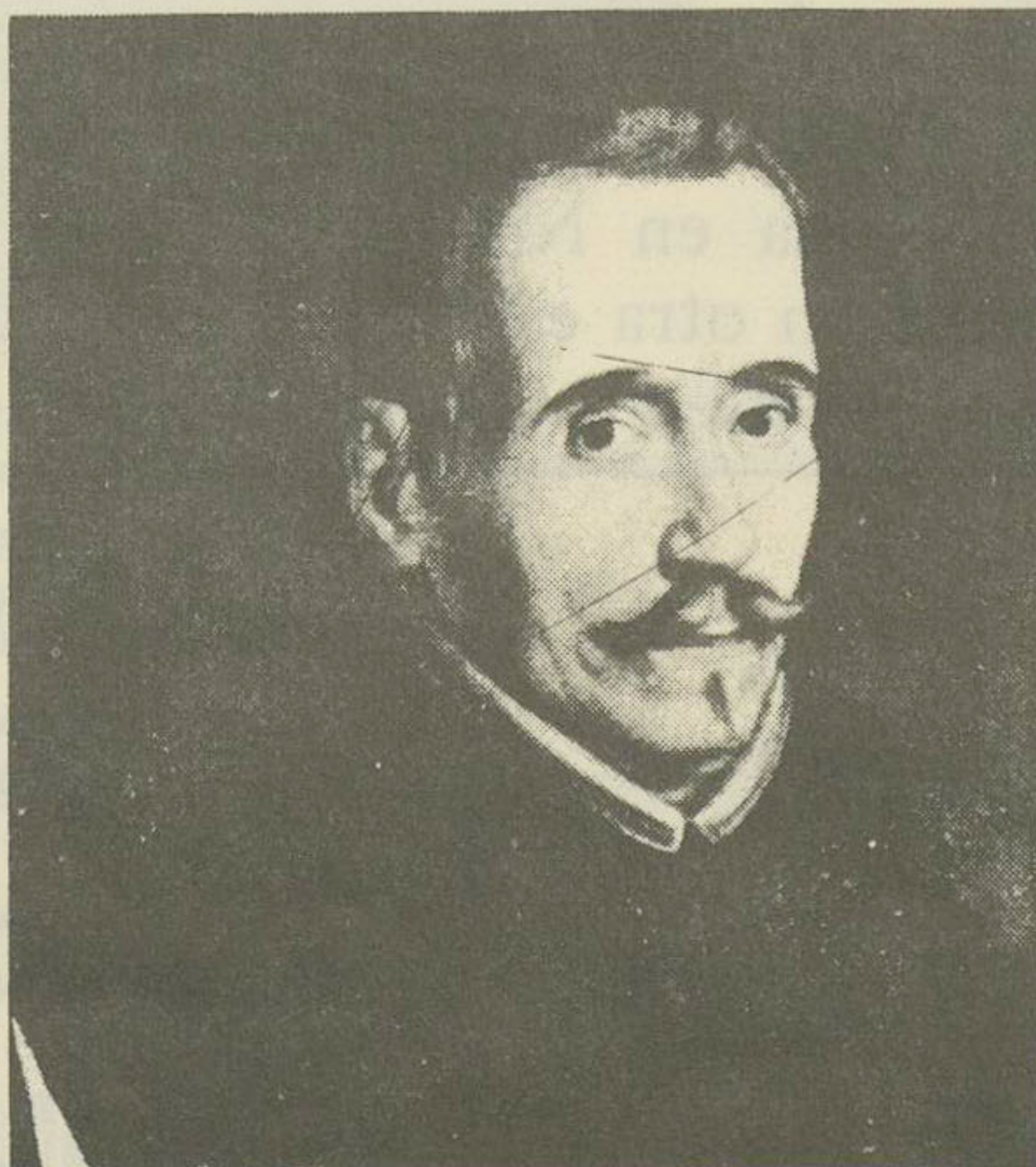
cidos populares que no se deben tanto a la explotación como al orgullo de nobles y plebeyos que por sentirse igualmente grandes y dignos, chocan. En Italia, en Francia, en Inglaterra, Alemania y los Países Bajos, en cambio, hay huelgas por mejores salarios o reducción de jornadas de trabajo en el siglo XIII. Hay matanzas de ricos, incendios de abadías y saqueo de mansiones, todo lo cual debe ser sofocado a sangre y fuego. Se decreta en Prusia que todo huelguista debe perder una oreja, mientras que en Pomerania y en Brandenburgo miles de campesinos son reducidos a servidumbre por la aristocracia militar. Hasta se llegó a marcar con hierro candente la frente de los campesinos que osaban abandonar sus campos. Esto ocurría en 1346. Un sacerdote de Kent (Inglaterra), John Ball; convertido en activista de la causa popular, levantó a los campesinos y artesanos de Norfolk, Cambridge, Essex, Sussex y otras localidades. Mataron a cientos de mercaderes, obispos y señores. Destruyeron los documentos y archivos en que constaban los derechos de propiedad y de servidumbre feudal. Se apoderaron de la ciudad de Londres quemando edificios y abriendo las puertas de las cárceles. El rey y los nobles tuvieron que refugiarse en la Torre y organizaron sus fuerzas militares y todo terminó en una horrible carnicería. John Ball fue ahorcado y luego decapitado (1366).

Los crímenes que ocurrían en la Europa precapitalista de los siglos XIII–XIV y XV, no pasaban en España —no porque los explotadores y nobles fueran mejores—, sino simplemente porque en España las condiciones de la Reconquista daban todavía una estructura demasiado débil al naciente capitalismo, como para que éste aplicara implacablemente las formas de explota-

ción y expoliación.

Las luchas de los trabajadores urbanos y rurales, entre los siglos XIII y XIV, fueron resultado de la desesperación y la importancia en un momento histórico en que se agrietaba el sistema feudal, cosa que no ocurrió en España, donde el sistema feudal pudo mantenerse durante más tiempo como consecuencia de la lucha contra los musulmanes. Por eso el Rey, a partir de la acción de Fernando e Isabel, recurrirá al pueblo —particularmente a la burguesía y a los villanos— para fortalecer su poder frente a la nobleza levantisca y prepotente.

Así, pues, dignidad ciudadana de España —difícil de encontrar en el resto de Europa— que se expresa más tarde a través de la importancia que van adquiriendo las Cortes, donde se encuentran atisbos populares y democráticos porque en ellas están representados, orgullosamente, los sectores de la burguesía del primer capitalismo. Frente al noble, el burgués ostenta una dignidad, un honor y una reciedumbre que resplandecen las mejores escenas de “Fuenteovejuna”, pero que se pueden encontrar también en “El Major Alcalde el Rey”, “Peribáñez” o “El Alcalde de Zalamea”.



Lope, empapado en esa hidalga actitud del pueblo ante la vida —y enamorado dramáticamente del mundo español del “gran pasado” de los siglos XV y XVI— vuelve en “Fuenteovejuna” los rasgos esenciales de la visión dramática que él tiene del mundo: no doblegarse ante la aflicción ni la injusticia; reaccionar ante ellas valientemente.

Esta actitud es la que puede crear una condición escénica gallarda y adecuada. Su producción alcanza mayor frescura allí donde ha de mostrarse el movimiento de defensa ante una injusticia y el ímpetu del que reacciona. Y “Fuenteovejuna” es, precisamente, eso: ímpetu vital de un pueblo frente a un cúmulo de arbitrariedades. Por eso la obra se transforma, a medida que avanza, en la más formidable requisitoria que conoce el teatro español en contra de la injusticia. Y por eso es que ha dado la vuelta al mundo en todas las lenguas: desde el inglés al ruso, pasando por el alemán, el polaco y el japonés. Repetimos, no hay más alta requisitoria en el teatro universal en contra de la injusticia, que pesa sobre el hombre común, el cual —a pesar de su aparente pequeña estatura— logra ser grande cuando, como en “Fuenteovejuna”, se alza furioso y digno para aplastar la injusticia.



Fray Lope Félix de Vega Carpio